

un nombre imperecedero en los fastos de Méjico, y de toda la Nueva España, por haber llevado en sus proyectos el lema de que la justicia eleva á los pueblos: *Justitia elevat gentes*.

Importante fué también la Asamblea congregada en Méjico durante esta presidencia del Obispo don Sebastián Ramirez, en orden al buen tratamiento de los indios.

Juntamente con la Audiencia asistieron á ella el Marqués del Valle, D. Fr. Juan de Zumarraga, el Prior de Sto. Domingo, y el guardián de S. Francisco asistidos de dos religiosos de sus órdenes, y algunos otros señores principales de Méjico, estableciendo el cumplimiento puntual y exacto de las ordenanzas reales.

Para expurgar la Nueva España del contagio de las malas doctrinas, se acordó el establecimiento del Santo Oficio; y para asegurar las costas, se proveyó lo necesario á la defensa de los puertos.



CAPITULO OCTAVO

Carácter del descubrimiento de América.—La conquista de América fué obra de Dios.—Resultados de la predicación católica en Nueva España.—Indios memorables por su vida ejemplar.—El cacique D. Juan y Zumarraga.—Lo que dice Kerker de Zumarraga.—Aparición de Nuestra Señora de Guadalupe al indio Juan Diego en tiempo de D. Fray Juan de Zumarraga.

PROVIDENCIAL descubrimiento fué el de las Américas por Cristobal Colón. Por su medio, Dios sacaba de entre la inmensidad de las aguas el Nuevo Mundo. El pensamiento de Colón, hombre profundamente religioso y extraordinario, fué establecer en los territorios descubiertos la fe católica y enriquecer la Iglesia con los millones de almas que poblaban las desconocidas tierras de allende los mares.

El ideal de los cosmógrafos, marinos y conquistadores de aquella época, á pesar de las ambiciones con que muchos de ellos afearon después su conducta, fué profundamente religioso. Aún se conservaban en Europa aquellos rasgos caballescrescos y cristianos de los antiguos cruzados. La idea dominante en la Edad Media de «Todo para la religión» se mantenía en el siglo diez y seis, y prueba de ella son los marinos y capitanes españoles y portugueses. Si algo se había de conquistar había de ser llevando por lábaro la cruz, y por

objeto someter los pueblos al imperio de Jesucristo. Este es un hecho innegable. No se verificó ninguna empresa marítima ó militar, sin que á las naves y á los ejércitos acompañasen los religiosos ó sacerdotes, previas la celebración del Santo Sacrificio, la confesión y comunión de jefes y súbditos. Maleóse á veces el primer pensamiento, pero los desaguisados de la ambición ó la envidia fueron reprimidos ó condenados por la voz de los ministros del Señor, que, conservando puro el sentimiento cristiano y patrio, no pretendían, al coadyuvar á las empresas, otra cosa que almas para Jesucristo y honor para sus reyes.

La conquista de América fué obra de Dios: por eso en medio de los defectos y vicios que por lo regular acompañan á los ejércitos y armadas, no puede desconocerse el bien inmenso que produjeron, á veces, instrumentos, al parecer, indignos de servir para la gloria de Dios.

La semilla de la fe produjo sus frutos en Nueva España, y á los pocos años de la predicación de los franciscanos, la Historia de la Iglesia de Méjico puede presentar en los indígenas de ambos sexos almas purísimas, poseídas del amor de Dios, abrazadas de celo por la difusión de la doctrina católica y ejemplares de perfección.

Tales fueron los beatos Baltasar, natural de Cholula, que se recogió con otros muchos á observar la vida eremítica en Chocamán: los hermanos Sebastián y Lucas de Michoacán, de quienes dice Mendieta (1) «que fueron tan dignos de memoria» como algunos frailes, que en nuestra reputación

(1) *Historia Eclesiástica Indiana*. Libro IV, cap. XXII.

»sostenidos por Santos, porque ellos fueron ejemplarísimos en su vida, muy abstinentes, penitentes, devotos, grandes predicadores en su lengua »tarasca y mejicana,» y que, en compañía de los religiosos, instruían en tierras bárbaras anunciando la fe á sus connaturales: el indio Juan de Tuclipa dedicado á la vida contemplativa y que poseyó alta oración; el cacique D. Juan (1) indio de corazón abnegado, penitente y cándido: las mejicanas Inés é Isabel, y otra porción de matronas, jóvenes, y aun niñas ejemplarísimas, que el Señor llevó para sí en la primavera de sus días.

Nada tiene esto de extraño al estudiar las virtudes de los religiosos y sacerdotes que evangelizaron la Nueva España. «La vida apostólica del primer obispo de Méjico debió también hacer una impresión profunda», escribe Kerker (2). Con los acabados modelos que cristianizaron el Imperio

(1) Este cacique, por imitar á San Francisco, se despojó de todos sus bienes, abandonó su señorío, dió libertad á sus esclavos, y pidió el hábito de San Francisco. No se le dió porque la Santa Sede puso impedimento para la vida religiosa á todos los indios que procediesen de padres infieles hasta el cuarto grado. Esto mismo decretan las Constituciones de la Orden de San Francisco. Los varones apostólicos que misionaron en Nueva España admitieron al noviciado á algunos indios para probar lo que podían dar de sí en la austeridad de la vida y en la observancia de las reglas, pero se vió que *no servían para ello*, dice Mendieta. Además, los indios son docilísimos cuando están bajo la obediencia, pero si se les da alguna autoridad se encrespan y ensoberbecen. Hacen muy buenos súbditos, pero no sirven para el mando. A este cacique, á pesar de sus virtudes, negáronle el hábito los PP. de Michoacán, y presentado en Méjico para obtener el mismo deseo, el Iltmo. Zumarraga, aunque le hubiese dado de muy buena gana, atendidas sus excelentes condiciones, su fervor religioso, su vida edificante y méritos, no creyó conveniente acceder á sus reiteradas instancias. Permitiósele solo vestir el sayal franciscano y vivir en un convento, sirviendo á los Padres.

(2) Dicc. Enciclop. de la Teol. de Wetzer y Welte.

de Motezuma se formó la serie de ejemplares indígenas que honraron con su piedad, su devoción, su fe y su vida de perfección, los primeros tiempos de la Iglesia de Méjico.

Estos indios edificantes son una prueba de que para Dios no hay acepción de personas, que su espíritu desciende y reposa en las almas puras, que no busca sino corazones que se le entreguen sin condiciones ni reservas. A sus ojos el indio, el bárbaro, el esclavo del ingenio, el salvaje, valen lo mismo que el blanco y el hombre civilizado. Sólo tiende á difundir sus gracias sobre las almas aparejadas y dispuestas. Esto sucedió al indio converso Juan Diego, vecino de Tolpetlac, tan pobre como sencillo, á quien la Santísima Virgen escogió para que la Nueva España la diese un culto público y general hoy con su aparición bajo el título de Nuestra Señora de Guadalupe. Como este suceso tuvo lugar siendo obispo de Méjico nuestro paisano el durangués Zumarraga, historiaremos la aparición de la Virgen en el cerro de *Tepeyacac*, ó, como escriben los modernos, *Tepeyac*.



CAPITULO NOVENO

Aparición de la Santísima Virgen al indio Juan Diego ordenándole se presente al Obispo para que le edifique un templo.—El mensajero es oído pero no atendido.—Segunda aparición en que se manda al indio vuelva otra vez á presencia de Zumarraga.—Zumarraga pide al indio le presente una señal segura de que la Virgen quería que se le edificase un templo.—Los familiares del Sr. Obispo siguen á Juan Diego.—Desaparece éste de la vista de aquellos.—Cita de la Virgen al indio.—El indio no comparece á la cita.—Nueva aparición y mandato de la Señora á Juan Diego.—La señal que María da á su mensajero para que se presente al Obispo.—Presentase el indio á D. Fr. Juan.—Sorpresa de Zumarraga ante la imagen de Nuestra Señora pintada en el ayate de Diego.—La milagrosa pintura es colocada en la capilla del palacio episcopal.—Zumarraga visita el cerro de Tepeyac.—Informaciones en Tolpetlac.—Zumarraga edifica una pequeña iglesia en Tepeyac.—Nuevo templo en 1622.—El Arzobispo Seixas comienza otro más suntuoso en 1695.—Honra de Méjico con este Santuario Mariano.—Benedicto XIV hace extensivo el oficio y misa de Nuestra Señora de Guadalupe á toda España.—Defensa crítica de esta aparición.—Descripción de la pintura milagrosa.



UNA tradición constante en Méjico, apoyada en la historia y en documentos irrefragables, refiere que el nueve de diciembre de 1531, el indio Juan Diego (1) se dirigía desde su casa para oír la misa en la iglesia de Santiago de los Franciscanos, situada en el barrio de Tlateluco de la ciudad de Méjico, cuando, al ascender la cuesta del monte *Tepeyacac*, (2) armónicos gorgéos de canoras avecillas

(1) Juan Diego de Quahtitlan, así llamado del lugar de su nacimiento. Su mujer se llamaba Lucía, y tenía un tío de nombre Bernardino, que figura en la historia de la aparición.

(2) Dista de Méjico una legua. En tiempo de la conquista el capitán Gonzalo de Sandoval ocupaba con su gente este cerro. *Tepeyacac* en lengua mejicana significa *punta* ó *cosa saliente*. La idolatría mejicana adoraba en este cerro el ídolo de la madre de los dioses, lla-